

Memoria e Identidad Cultural

Por Alfredo Mason

Alguien podría preguntar por qué ocuparnos de la cultura como tema en estos tiempos donde solo parece importar la existencia mediática y la cuantificación económica. Pero no podemos -o no queremos- abordar la cuestión desde una universalidad abstracta que escapa a esa realidad que queremos expresar.

El pensador mexicano Emilio Uranga sostiene que la capacidad de ignorar la propia contingencia y accidentalidad es una prerrogativa de los fuertes ¹. Estos son aquellos que nombran su propia realidad, creando para ello categorías que, por el poder dominante que ejercen las transforman en el eje de comprensión de toda realidad, en el arquetipo del cual se está más cerca o más lejos.

Como vemos, de lo que se trata es de nombrar una situación contingente y accidental como si fuera una categoría universal, signo de normalidad y desde allí se nombra por defecto -o sea, por lo que le falta para llegar a ella- al resto, logrando hacer desaparecer el verdadera cuestión de poder

que encierra nombrar la realidad.

El punto de partida que tomaremos, es una reflexión que liga el pensamiento a la circunstancia histórica, transformándolo en algo situado, anclado y lanzado desde una singularidad de la cual no reniega: nuestra pertenencia al ámbito latinoamericano.

Es necesario aclarar que no se trata de reducir las categorías a explicaciones históricas, experiencia de pensadores que pertenecen a pueblos para los cuales la historia jamás fue un terror continuo; por el contrario, nuestra situación es la de ser objeto de la fatalidad de la historia, como lo fueron aquellos que formaron parte de los grandes imperios coloniales o en la actualidad, sufren la agresión militar o la extor-



“En nosotros lo argentinos hay un conflicto... entre nuestra idiosincracia de europeos y la tierra en que hemos nacido...” dijo Manuel Gálvez

-sión financiera y sus consecuencias políticas y sociales ².

Desde ese lugar elegido vamos a reflexionar sobre la situación conflictiva de nuestra identidad cultural, construida en territorio de frontera y llena de orgullo de su clara estirpe plebeya. Tenemos -solo Dios sabe porqué- una iconoclastia que no reconoce jerarquías que no se hayan construido mediante el actuar; por eso lo acertado de la observación del sociólogo Guillermo O'Donnell cuando afirma que si, dentro de una discusión, a un argentino alguien lo intenta colocar en una posición jerárquicamente inferior diciéndole *¿Ud. sabe con quién está hablando?* La respuesta casi unánime será *y a*

mí... ¡qué mierda me importa! ³, desconociendo toda autoridad -más allá de si es real o ficticia- invocada verbalmente, o colocando su propia condición como superior: *sí... soy negro, de Boca y peronista ¿y qué?* Transformando la categoría socialmente denigratoria en un valor. Frente a esto, aparecen dos actitudes: el «acartonamiento» del pseudo-intelectual -encarnación de lo «tilingo»- que se horroriza por la falta de cultura del «negro» o, sostener que *la vida se debe más a las excitantes e intrusiones de las corrientes heterodoxas.. Las lenguas, como las regiones viven de las herejías. El ortodoxismo lleva a la muerte por osificación: el heterodoxismo es fuente de vida* ⁴.

No obstante ese orgullo ple-

beyo, la condición de habitante de la frontera nos remite a otro lugar de origen. No somos «nyo»⁵. Por eso tenemos siempre un recuerdo y un presente -distintos entre sí- jugando en nuestra identidad; un lugar -muchas veces mítico y otro real- que se dejó y otro donde se construyó el hogar. Y allí comienza, en la tensión entre esos dos lugares, la aparición de una identidad bajo la forma de desgarró, de no ser demasiado de allá ni demasiado de acá.

Jorge Luis Borges sostiene que *el arte es, ante todo, una forma de ensueño*⁶ y es por eso -quizás- que en su poesía encontramos el mejor ejemplo de aquello que denominamos «desgarro». En *Fundación mítica de Buenos Aires*⁷ aparece el origen de nuestro país bajo la ambivalencia de la duda, preguntándose:

*¿Y por este río de sueñera y de barro
que las proas vinieron a fundarme la
patria?*

Se insiste en esta ambigüedad cuando se reflexiona sobre ese origen tan poco noble, replicando:

Pensando bien la cosa, supondremos que el río era azulejo entonces como oriundo del cielo.

¿Por qué «pensar bien»?

¿Qué necesidad hay de no aceptar lo que es? ¿Por qué la razón debe construir una realidad ficcional? Para el poeta, desde el origen mismo hay un desgarró entre lo inno-ble y plebeyo de la realidad y el deseo de parecer otra cosa. Por allí aparece como escondida entre las palabras la respuesta; ¿quiénes necesitan pensar el origen? Aquellos que no lo sienten, los que se dejan llevar por lo inalcanzable del deseo de ser lo que aparentan. Por ejemplo, la oligarquía agrícola-ganadera reconoce su nacimiento en la generación del '80, la oligarquía industrial a partir de 1930, los trabajadores desde 1945 y la clase media... no reconoce origen alguno, o para ser más precisos niega un origen de humilde trabajador inmigrante, desvalorizando la cultura del trabajo y sobre valorizando la capacidad intelectual como camino de ascenso social; de allí el fatídico *si no estudiás... ¡vas a trabajar!*, donde esta última opción es vista como castigo y descrédito social.

¿De qué gente estamos hablando? De aquellos que -en muchos casos- fueron hijos de trabajadores que lograron un ascenso social ligado -generalmente- al acceso a los más altos niveles educativos, pero junto con esa educación tomaron modelos culturales, por diversas causas, distintos de los que vieron en sus hogares.

Queremos decir con esto que, comenzaron a pensarse, a concebir su situación y el propio país (ya que difícilmente utilicen la palabra «Patria») con categorías que surgen de contingencias y accidentalidades ajenas. Ello hace que no se puedan reconocer como formando parte de aquello donde han nacido, sintiendo la angustia de no poder afirmarse en la seguridad y la certeza por no aceptar lo que son, sienten lo inalcanzable del deseo de lo que quisieran ser y allí surge, la experiencia del desgarró.

Siendo asumida la educación como un importante factor de movilidad social es quien otorga la principal impronta a la clase media, que a su vez, retroalimenta con sus miembros al sistema educativo y a los aparatos de comunicación social. Así vemos como se cierra el círculo conflictivo de quienes, queriendo constituir la inteligencia argentina terminan siendo la «intelligentzia» tanto por errores propios, como por una incorrecta valoración que de ella poseyeron los movimientos populares ⁸.

Este proceso tiene como consecuencia una incomprensión por parte de un sector social, del destino histórico que nuestro Pueblo construye, produciendo el desgarró entre quienes son y la cultura que de ello emana y las

«ideas» descarnadas que por el sistema educativo han recibido. Precisamente, hacia finales de la década del '30, Manuel Gálvez escribe: *Europa no nos hace felices (...) Es como el adulterio, que a las personas honradas les causa desazones. Un poco de placer y mucho de inquietud y descontento (...) el amor a Europa es una infidelidad hacia nuestra tierra (...) En nosotros los argentinos hay un conflicto, un grave conflicto, entre nuestra idiosincrasia de europeos y la tierra en que hemos nacido y vivimos. Nosotros estamos fuera de la naturaleza, es decir, fuera de la realidad. Para ser felices, para encontrarnos a nosotros mismos, tendríamos que sumergirnos en ella, como el místico en el seno de Dios (...) Tenemos que volver los ojos a la tierra, para ser algo en el mundo, para tener una cultura propia. Hay que olvidarse de Europa. Sí, olvidarse y no querer volver allá nunca. Nuestra situación de servilismo es tan grande que yo, exagerando, diría que debiéramos hasta odiar a Europa (...) El snobismo que tanto mal nos hace es una forma de la idolatría hacia Europa. Miremos con ojos limpios a nuestras cosas y aprendamos a amarlas (...) solo Claraval le objetó: Europa es un guía necesario (...) nosotros no tenemos unidad, ni seguridad, ni consistencia, y Europa nos da un poco de todo eso. De ninguna manera -contestó el novelista- Europa nos manda sus contradicciones. La unidad la encontraremos en el retorno a lo nuestro, el retorno a la tierra ⁹.*

Sin lugar a dudas, se empeora la situación cuando este olvido de la tierra es fruto de una moda intelectual o de un supuesto pragmatismo, expresado en la actitud de muchos jóvenes -alentados por sus mayores- que contemplan como alternativa valorada positivamente el buscar la nacionalidad de los abuelos inmigrantes para tener un pasaporte de la Comunidad Europea. Ello ahonda el desgarró con consecuencias imprevisibles. Del seno mismo de esa confusión emerge un mito, hijo de la razón como respuesta «sanadora»:

A mí se me hace cuento que empezó Buenos Aires,
la juzgo tan eterna como el agua y el aire.

En el fondo aparece un profundo pesimismo -reflejado también en otros poemas del mismo autor- resultante de la convicción íntima del desgarró, que se manifiesta en la concepción de que el mejor destino que le correspondería no es el que le ha tocado en suerte, sino otro, quizás uno más parecido al europeo aun sospechando que ello es una ilusión, como negar su origen y creerse eterno. Es más, tiene la impresión de que nuestro destino como latinoamericanos es cruel por bárbaro pero al mismo tiempo inescapable ¹⁰.

Así encontramos que es casi un lugar común entre los argen-

tinós dudar de nuestra identidad cultural ¹¹, ello coloca la cuestión en una suerte de «limbo» sin negación ni afirmación rotunda; esta identidad es presentada bajo la forma de un «ser o no ser» hamletiano y eso nos señala el camino por donde remontarnos en la búsqueda de un sentido. Frente a esta cuestión identitaria vivimos el desgarró, o sea, tenemos conciencia de ser en tanto estamos desgarrados y lo atribuimos al enorme mestizaje del cual provenimos y a un pasado plebeyo que se desea negar.

Esta cuestión ha sido abordada por ensayistas y escritores que necesitaban más, la maleabilidad del lenguaje literario que de la precisión categorial filosófica. Quizás tenga razón Germán Arciniegas cuando sostiene que *América surge en el mundo, con su geografía y sus hombres, como un problema. Es una novedad insospechada que rompe con las ideas tradicionales* ¹². Pero también nosotros, latinoamericanos, quedamos sorprendidos por esa singularidad que manifestamos, pues al recibir nuestra lengua de Europa no es poco lo que ello influye en nuestra forma de pensar, y ante ello estamos frente al misterio más profundo del mestizaje.

Claro está que ser mestizo puede ser entendido como carencia de lo propio, un «ni lo uno ni

lo otro», por eso nos cuesta tanto, particularmente a los argentinos, asumir nuestro lugar; que nada tiene que ver con las utopías de «la Europa en América» o la «patria indigenista». Esa singularidad que reclamamos es la construcción de una espacialidad cultural.

Un pensador que intenta colocarse en ese lugar, Raúl Scalabrini Ortiz ¹³, trata de superar la cuestión al hablar del «espíritu de la tierra», pero al identificarlo con un gigante lo tiene que hacer invisible a nuestros ojos, aunque finalmente encarne en el hombre que está solo y espera de Corrientes y Esmeralda, pero *se les desconocía, porque el conocimiento es casi una verbalidad, y los hombres que podían metrificar su voz se irritaban la garganta amaestrando oraciones extranjerías o evaporaban sus propósitos en un silencio lleno de mañanas que perezosamente se trocaban en ayeres* ¹⁴. Otra vez el desgarró.

Pero nada es absoluto en este proceso, la incertidumbre va acompañada de la búsqueda permanente: *he aquí que de pronto este país me desespera, me desalienta. Contra ese desaliento me alzo, toco la piel de mi tierra, su temperatura, estoy al acecho de los movimientos mínimos de su conciencia, examino sus gestos, sus reflejos, sus propensiones y me levanto contra ella, la reprocho, la llamo violentamente a su ser cierto, a su ser profundo* ¹⁵. Esa búsqueda está dada por una exi-

gencia de autenticidad, de legitimidad, de que el mestizaje no nos coloque en un segundo plano.

Este camino hacia su «ser cierto» de nuestra identidad cultural es complejo, *no puede navegar en buque de vapor a rumbo cierto. Tiene que hacerlo en barco de vela y dar muchas bordadas* ¹⁶. Ese rumbo zigzagueante solo se puede entender a partir de reconocer que el proceso de construcción de una identidad cultural es la más excelsa producción política -en el sentido más preciso de la palabra- y por eso, no se trata de un desenvolver armónico sino que está plagado de choques con otras voluntades, que no siempre son externas al sujeto identitario.

Para nosotros, un pueblo es sin mediación alguna, un universo político que no necesita originariamente consagración jurídica pues su legalidad deviene del ejercicio de la voluntad colectiva de poder y una relación gobernante-gobernado, coincidiendo lo legal con lo legítimo ¹⁷.

La legitimidad es una determinación cualitativa del poder, anterior al derecho, puesto que el primer acto legítimo es la constitución de un pueblo como tal. Teniendo origen en una voluntad substantiva, que se quiere totalizadora y autónoma es el Pueblo el que encarna la ley, luego vendrán las instituciones del derecho

positivo ¹⁸.

No encontramos un «previo» ni un «supra» en la pertenencia a un Pueblo, sino que ella aparece como una instancia existencial en la generación de la vida. Y enseñaba Aristóteles que «género» es *aquello de lo que las cosas provienen y que fue lo primero que las puso en movimiento hacia la existencia* ¹⁹,

de donde concluimos que lo generado por un Pueblo constituye una singular forma de organizar la vida. Solo desde este reconocimiento es posible acceder al diálogo con otros Pueblos y otras culturas.

El reconocimiento que acontece en ese proceso de generación no se produce en abstracto sino en un espacio vital, en un territorio que es concebido como «mi tierra». Seremos más claros: el espacio vivido por un Pueblo es aquel donde satisface las necesidades comunes por medio de su trabajo ²⁰. Un ámbito solidariamente compartido que no es preexistente a la existencia misma del Pueblo. Podemos avanzar aún más y sostener que para que se construya un terreno de memoria se necesitan fronteras, marcas... y esa es la primera tarea que toma un Pueblo porque solo en un es-



“El espacio patrio... es donde transcurre la vida...”

pacio definido hay lugar para el acontecimiento. Es de notar que aquí poseemos una visión diversa que la europea, pues el «espacio patrio» no es el lugar de las tumbas ni del pasado sino donde transcurre la vida y se construye el futuro.

Es en ese espacio donde se decide lo que se va a ser, como proyecto y voluntad de destino y será —desde estos últimos— en que aparecerán las distinciones entre bueno y malo, correcto e incorrecto.

El proceso mediante el cual un pueblo va determinando y construyendo su destino no es un proceso lineal y homogéneo tal como enseña la historia el liberalismo, sino que la concebimos a la manera que aparece en *Eclesiástico* 44ss. como una serie de

instantes decisivos donde la vida se experimenta como búsqueda, pérdida y recuperación del hogar.

El movimiento de la vida es el de las sucesivas generaciones que la perpetúan y, cada una de ellas, retoma un mandato que es redeterminado por sí. Es necesario aclarar que retomar aquello que deja la anterior como legado no es la pasiva tarea de recoger lo hecho por otro o algo eterno e inmutable, sino la de recibir la semilla y volverla hacer fructificar dando origen a una nueva planta de la misma especie. Cada nueva generación replantea el destino de la vida de su pueblo o, mejor es generadora de un destino que concibe y vive como consumación de una tarea no concluida. En esa capacidad para generar reside precisamente el ser genuina generación.

Pero también puede suceder que una generación no asuma plenamente su capacidad generadora de un destino y entonces, éste, aparece como una falsa forma, como repetición indefinida en la cual el legado recibido se degrada. Es la manifestación de la impotencia de la vida para hacerse. El Pueblo ya no es plenamente voluntad sino a lo sumo intención, se fragmenta socialmente y en la vida cotidiana bajo la forma de una crisis de valores, surge la dicotomía entre el «ser»

y el «deber ser», producto de que se ha perdido el rumbo, el camino del ser y, como afirma la sentencia sanmartiniana, fuera de él se es nada. Esa carencia de voluntad hace que un Pueblo deje de ser sujeto y se transforme en objeto para otra voluntad, objeto de la voluntad de otro y por lo tanto condición de posibilidad de padecer el dominio de otro.

Pero aún en este último caso, la construcción de la identidad no depende tanto del enfrentamiento con ese «otro» dominante como de la autoafirmación que se manifiesta en el grado de participación que tiene un Pueblo en la definición de su destino ²¹.

En Argentina, la constitución moderna de la expresión política del sujeto «Pueblo» fue obra de sectores marginados de la participación política y por lo tanto no legitimantes del poder dominante. Ello implicó un reconocimiento como miembros de la Nación a través de demandas de justicia social, soberanía y libertad planteadas no en tanto clases social sino como sector postergado que además asumía encarnar lo auténticamente nacional. Ese sector se reconocerá a sí como «los trabajadores», que no debe ser comprendido como sinónimo de obrero o pobre sino como aquellos que expresan una «cultura del trabajo». En la me-

dida que ese sector fue cobrando entidad política y un alto grado de participación comprendió que la realización de esos principios sobre las que se basaba el sujeto identitario eran la autoafirmación de un destino.

¿Qué es aquello que recrea cada generación de un Pueblo? Un sistema compuesto por significantes y sus interpretaciones por las cuales puedo descifrar el sentido de mi historia y mi actuar — personal y colectivo— abriendo la posibilidad de comunión y comunicación con los «otros» a quienes considero mis más próximos, un «nosotros» que significa «mi gente». Este sistema requiere ser parte de la educación para cada generación sucesiva que lo recreará para mantenerlo vivo.

Los sectores populares, capaces de ofrecer mayor resistencia en el sostenimiento de una identidad cultural, pues la mayor parte de ellos no renuncia a la historia, valores y principios que han generado y sostenido. Arturo Jaurerche citando a Chesterton recuerda que *salvo los pobres, muy pocos conservan las tradiciones* ²². Hay un convencimiento «visceral» de que el único lugar en donde puede estar y ser es el terruño, lo cual le permite imbricar el hombre concreto que cada uno es con su propia cultura. Más poéticamente, aparece en el Martín Fierro la

misma idea:

Mas Dios ha de permitir
que esto llegue a mejorar;
pero se ha de recordar,
para hacer bien el trabajo,
que el fuego, pa' calentar,
debe ir siempre por abajo ²³

Comentando estos versos Leopoldo Marechal sostiene que, «trabajar por abajo», en el humus auténtico del pueblo, con la raíz hundida en sus puras esencias tradicionales es la metodología que permite actuar en concordancia con la propia identidad cultural. Porque el humus de abajo siempre conserva la simiente de lo que se intenta negar en la superficie ²⁴.

Si por un momento volvemos a lo que afirmábamos en las primeras líneas encontramos que la pervivencia de una conciencia desgarrada solo puede buscar el ocultamiento de esa parte del rostro que tenemos y que no coincide con las pautas que fija ese pensamiento utópico que tan bien ha expresado Jorge Luis Borges en los versos citados: *pensando bien la cosa, supondremos...* e inmediatamente, la suposición se transforma en afirmación: *a mi se me hace cuento...*; lo cual coloca a la conciencia desgarrada en una situación de impotente sufrimiento, el cual solo puede ser mitigado aceptando como ámbito de la vida el limbo

hamletiano de la duda. De eso se trata el «colonialaje cultural» o si se prefiere el «síndrome de m'hijo el doctor», el complejo de «Malinche», el drama del «cholo».

La cultura no debe confundirse, entonces, con la cantidad de saber o de pasado, como podía pensar el *Funes memorioso* del citado Borges. La erudición, la ciencia, los castillos antiguos y las ruinas son mucho, pero no llegan a ser por sí cultura -e incluso pueden llegar a ser su negación- pues ella es un fenómeno de esencia y no de apariencia, de calidad y no de cantidad. En definitiva, es una cuestión de vitalidad y no de formalidad. En nuestros países -estoy hablando del universo latinoamericano- se suele confundir estos términos y se cree que un

*erudito es más substancialmente culto que un labriego de sabia raza o que un indio azteca (...) al hombre argentino visible parecería serle difícil concebir que de poco sirve la cultivación de un espíritu cuando ese espíritu no es culto en su origen, culto en su primera célula, esto es constitucionalmente*²⁵.

En los momentos en que todo parece derrumbarse en un Pueblo, cuando ha fracasado su dirigencia, donde las instituciones están en entredicho, cuando los intereses particulares y sectoriales son vulnerados y todo reclamo parece inútil frente a la magnitud de lo que enfrentan, en definitiva, cuando un Pueblo llega al proceso que se produce en Argentina el 19 y 20 de diciembre de 2001, aparece la mayor tensión en la existencia de una cultura.



Precisamente, en este camino se suele sostener -muchas veces con exceso de liviandad o carencia de autocrítica- que los argentinos no tenemos memoria. ¿Qué significa tener memoria? En su sentido profundo es retener y recordar cosas que han pasado, lo cual nos habla de la experiencia de un sujeto, hasta aquí hasta *Funes* tiene razón.

El cristianismo, con su concepción de juicio final futuro, enseña a concebir la historia en el sentido de un acontecer temporal irresistiblemente único y funda, al mismo tiempo, la historicidad del hombre.

Pero la cuestión es desde dónde se recuerda y, siguiendo esta inquietud, encontramos que en la tercera acepción castellana surgen indicios: se llama, también, «memoria» al *monumento que queda a la posteridad para recuerdo o gloria de una cosa*, en donde queda claro que la recordación no se realiza para o desde el pasado sino en el presente y mirando al futuro. O sea, no es la determinación del pasado que impone el recuerdo sino que desde la creatividad de un presente recuerdo por la necesidad que me plantea la construcción de un futuro. La memoria es así memoria del presente que no reproduce como simple recuerdo, sino como acción lanzada hacia el futuro.

El único valor que tiene el pasado es el educativo, no hay determinación alguna de éste que induzca a llevar una conducta, sino que desde un proyecto presente se avizora un futuro esperado, para lo cual se «rastrea» en el pasado aquellos elementos que permiten educar en el esfuerzo y el camino a seguir en la esperanza de ese futuro. Tampoco es el futuro algo repentino y vago sino *que es algo determinado a partir de lo que es desde lo sido anteriormente. Y lo que es, es determinado desde el futuro*²⁶.

Es cierto que, el insistir sobre la importancia de la memoria colectiva abre la posibilidad de concebir que lo propio está marcado en el pasado y que todo cambio atenta contra la identidad, por eso, siempre que la memoria deja de ser un instrumento popular para transformarse en un elemento intelectual utilizado por una elite o grupo, se convierte de ala en peso y puede ser un obstáculo a la verdadera cultura. Es necesario comprender que la tradición, aunque hace presente lo pasado para proyectarlo al futuro y hace posible el mismo futuro en cuanto tal, mira hacia el futuro y no hacia el pasado. La cultura, entonces, es un saber incorporado como hábito a nuestra naturaleza, para que el conocimiento se convierta en sabiduría y la erudición de la poesía y creatividad (27).

El escritor mexicano Carlos Fuentes realiza un planteo más radical aun, sosteniendo que un pueblo tiene derecho a soñar su futuro, lo cual es fácilmente aceptable, pero agrega que también tiene derecho a soñar su pasado lo cual significa que lo mantiene vivo.

Tal como sostenemos a partir de la visión citada del *Eclesiástico*, la historia es una serie de instantes decisivos o sea, que la configuración del tiempo es una articulación de «puntos de referencia» que la memoria los recuerda como celebraciones -en donde el rito es al tiempo lo que el hogar al espacio²⁸- donde está presente, se reproduce y transmite el significado de la conciencia histórica. Y también la memoria es ocultamiento, no olvido. Esto quiere decir que, cuando algo hace peligrar lo que se considera valioso, se lo oculta con la esperanza de desocultarlo en momento favorable y enseñar a las jóvenes generaciones, aquello que en función de ese presente y en vistas a un futuro, siendo valioso.

Esta cuestión es visible, precisamente, en el momento en que comienza a aparecer el desgarramiento en nuestra cultura. Cuando aparece un grupo de intelectuales que comienzan a sospechar que ni la realidad es lo que dicen que es, ni la historia es la que cuentan, al

menos desde la identidad cultural que ellos reclaman como propia de los argentinos. Estamos en plena década del '30 ante los miembros de FORJA que decide pensar y sentir a nuestro pueblo, en términos parecidos a los que sostiene el gran poeta alemán Hölderlin cuando expresa: *difícilmente abandona el lugar lo que está cerca del origen*.

Raúl Scalabrini Ortiz -co-fundador del forjismo- sostenía que *el imperialismo económico encontró aquí campo franco. Bajo su perniciosa influencia estamos en marasmo que puede ser letal. Todo lo que nos rodea es falso e irreal. Es falsa la historia que nos enseñaron. Falsas las creencias económicas que nos imbuyeron. Falsas las perspectivas mundiales que nos presentan y las disyuntivas políticas que nos ofrecen (...) Volver a la realidad es el imperativo inexcusable y para ello es preciso exigirse una resolución inquebrantable de saber exactamente como somos*²⁹.

Este movimiento busca ir articulando un proceso de análisis de Argentina que aúna lo especulativo en la inserción de la realidad cotidiana, en donde la memoria popular nutre el proceso que va construyendo una forma de ver las cosas desde aquí.

Así, Arturo Jauretche avanza sobre el tema cuando sostiene la necesidad *de una línea política que piense y dirija el destino del país en*

*vinculación directa con los intereses de las masas populares, la afirmación de nuestra independencia política en el orden internacional y la aspiración de una realización económica sin sujeción a intereses imperiales dominantes. Esta posición no es una doctrina, sino el abecé, el planteo elemental y mínimo que requiere la realización de una nacionalidad, es decir, la afirmación de su ser*³⁰.

A su vez, la historia de estos autores es paradójal ya que, en su primera etapa de labor —durante la década del '30— alcanzarán una relativa trascendencia, con su incorporación al movimiento popular encabezado por Juan D. Perón se desempeñarán —en algunos casos— como funcionarios del Gobierno sin poseer un mayor protagonismo, pero después del golpe militar de 1955 que derroca al Gobierno constitucional serán elevados a la categoría de «maestros» por las generaciones del '60 y '70. Sus libros inundan las aulas universitarias y comienzan a publicarse artículos y ensayos sobre su pensamiento.

¿Qué les otorga vigencia? Su planteo de que nuestra identidad está fragmentada, bloqueada, desviada, concluye en que no tenemos conciencia de quienes somos realmente. O sea, tratan de que podamos reconocer la necesidad de reciclar una forma de pensar que hemos recibido, producto de

una «colonización pedagógica» para no seguir decodificando erróneamente nuestra propia realidad³¹. Aníbal Ford cuenta una anécdota protagonizada por el Coronel Manuel Olasgoaga, durante la Campaña del Desierto (1879) la cual es muy ejemplificadora de este concepto jauretchiano. Dicho relato nos cuenta que cuando el militar ve a un científico alemán hurgar entre las cuestiones vinculadas a nuestra tradición, no se opone a ello, pero afirma que *antes de que vaya a interpretarla a su modo y que nos la espete en alguna edición francesa que venga a servir de texto de historia y geografía en nuestros colegios, voy a explicarla*³². No hay en esa actitud una negación a «los otros» pero sí una afirmación de la necesidad de conocer nuestra identidad desde nosotros mismos.

A partir del reconocimiento de esta necesidad queda claro por donde pasa el desgarró de nuestra identidad pues, cuando tratamos de reconocer lo que somos lo articulamos sobre un punto de referencia externa —como «pendiente de»— y no sobre la memoria colectiva que va a operar, no solo sobre la conciencia —otorgadora de sentido— sino también sobre los sentimientos —generadores de las emociones y el amor.

La memoria colectiva recupera la lógica del sentido común,

una PC, que guarda todo lo que se le envía, ella conserva aquello que le es funcional a su propio existir. Así hay trayectos en que desensilla esperando que aclare y en otros en los que estalla en originalidad y colorido.

Otro de los elementos que nutre la memoria es el valor de la iconografía. Ella fue una preocupación temprana en nuestros primeros historiadores que buscaron representar -en forma real o imaginaria- a nuestros próceres y no hay escuela argentina que no tenga alguna de esas láminas enmarcadas en cada aula. Esto también tiene una tradición familiar ya que es común darle a los niños el álbum familiar de fotografías mediante el cual se transmite la memoria familiar; o el viejo cuadro de marco bombée con la imagen del abuelo inmigrante que nos recuerda una parte de las raíces que poseemos cada uno de nosotros.

Por último. Es necesario aclarar que respecto de la memoria popular no podemos afirmar, como de la personal, que se «tiene», sino que de ella se «participa» o sea, se hace propio lo com-

partido colectivamente.

Esta memoria compartida es la que perfila nuestra identidad cultural, claro está que ello nada tiene que ver con lo que podíamos llamar el «folklorismo», o sea, una visión estrecha de la cultura propia reducida al paisaje, a las costumbres y al horizonte del pasado, idealizado éste como fuente de verdad. La identidad no radica en la repetición ritual; como muy bien señala Jorge L. Borges, *en el libro árabe por excelencia, en el Alcorán, no hay camellos; yo creo — continua— que si hubiera alguna duda sobre la autenticidad del Alcorán, bastaría esta ausencia de camellos para probar que es árabe. Fue escrito por Mahoma y Mahoma, como árabe, no tenía por qué saber que los camellos eran especialmente árabes; eran para él parte de la realidad*³⁸.

¿Qué es lo que quiere decir Borges? Que la identidad no es cuestión cosmética o de *packaging* sino de centrarse sobre sí o como dice Alberto Buela, *preferirnos a nosotros mismos* para no ser espejo opaco³⁹, que imita e imita mal. Esto no significa renegar de lo «otro» sino comprenderlo desde nosotros.

Alfredo Mason. Licenciado en filosofía, profesor de filosofía en la Carrera de Arte Dramático de la Universidad del Salvador. Autor de *Aproximaciones al poder transnacional en Identidad cultural, ciencia y tecnología* (Bs. As., García Cambeiro Editor, 1986); *Teoría del Estado* (Bs. As., Biblos, 1997) y *Ética y eticismo* (Bs. As., Fundación 2000), entre otras obras. Ejerció la docencia en diversas universidades nacionales y extranjeras. Asesor en la Cámara de Diputados de la Nación.

CITAS

- ¹ URANGA, Emilio. *Análisis del ser mexicano*. México. Porrúa. 1952.
- ² C.f.: ELLADE, Mircea. *El mito del eterno retorno*. Buenos Aires. Emecé. 1989 p.140
- ³ O'DONNELL, Guillermo *¿Y a mí, que mierda me importa?* en *Contrapuntos*. Buenos Aires. Paidós. 1997
- ⁴ de UNAMUNO, Miguel. *Contra el purismo* en *En torno al criollismo*. Buenos Aires. CEDAL. 1983 p.46. Este artículo fue publicado como parte de la polémica de la cual participa el autor en torno al criollismo como forma de expresión de la cultura argentina, y fue publicado en el diario El Sol, Buenos Aires, 24.10.1899.
- ⁵ Expresión utilizada en la Patagonia -territorio carente de patriciado- para distinguir socialmente a aquellos que vienen del norte y son «radicados», respecto de los nacidos y criados en esa localidad «nyc», señalando un «plus» en esta última condición.
- ⁶ BORGES, Jorge Luis. *El «Martín Fierro»*. Buenos Aires. Columbia. 1953. p.15
- ⁷ BORGES, Jorge Luis. *Nueva Antología Personal*. Buenos Aires. Emecé. 1968 p.16-17
- ⁸ JAURETCHE, Arturo. *La yapa y Mano a mano entre nosotros*. Buenos Aires. Peña Lillo. 1986.
- ⁹ GALVEZ, Manuel. *Hombres en soledad*. Buenos Aires. Club del Libro. 1938 p.116-117
- ¹⁰ *Creo que todos los americanos, del norte o del sur, Emerson o Lugones, somos todos europeos en el destierro, ya que nuestra cultura es europea fundamentalmente. Somos inconcebibles sin Europa (...) la integración de Argentina en América Latina es un error, porque precisamente nuestro rasgo diferencial es el cosmopolitismo. Entrevista a Jorge Luis Borges en Somos*. Buenos Aires (1984) 432.
- ¹¹ Algo similar a lo que le sucede a los canadienses cuya identidad se vive como la tensión entre una forma de identidad enraizada en un sentido poderoso y cobijante de la patria canadiense y una identidad basada en un vuelo más allá de los confines de su territorio, en el exilio. KROKER, Arthur *Identity and the Flight Within* en *Canadian Journal of Political and Social Theory* 3(1980)4 p.6
- ¹² AA.VV. *Tres ensayos sobre nuestra América*. París. Biblioteca Cuadernos. S/f. p.12

- ¹³ SCALABRINI ORTIZ, Raúl. *El hombre que está solo y espera*. Buenos Aires. Plus Ultra. 1973.
- ¹⁴ SCALABRINI ORTIZ, Raúl. *op. cit.* p.35
- ¹⁵ MALLEA, Eduardo. *Historia de una pasión argentina*. Buenos Aires. Espasa Calpe. 1945 p.19
- ¹⁶ ROSAS, Juan Manuel. *Carta a Josefa Gómez (5.8.1868)* en *Cartas del Exilio (1853-1875)*. Buenos Aires. Rodolfo Alonso Editor. 1974. p.105
- ¹⁷ La historia argentina nos brinda un ejemplo de ello. A partir de 1810, sin estado nacional ni instituciones federales aparece el despliegue de una voluntad que se autoafirma y despliega en un territorio, encontrando como límites (Alto Perú, Paraguay, Uruguay) otras voluntades, también americanas, que están en un proceso identitario similar o que se quería parte de las Españas.
- ¹⁸ MASON, Alfredo. *Teoría del estado*. Buenos Aires. Biblos. 1997 p.35ss
- ¹⁹ ARISTÓTELES. *Metafísica* 1024 a 32
- ²⁰ Esta concepción del territorio tiene que ver con la idea de *tópos*, el lugar de asentamiento que, en la tradición latina era aquel donde se construía la ciudad, cuyo centro y desde el cual se iniciaba la construcción era la plaza pública; ese era el lugar donde se reunía todo, la casa del hombre y la casa de Dios constituyendo un lugar sagrado. C.f.: MARTINEZ, Armando *Tópos, Dialéctica y Política* en *Revista de Filosofía Latinoamericana* 4(1978)7/8.
- ²¹ HAVEL, Václav. *¿Quién amenaza nuestra identidad?* en *El País*. Madrid.20.05.2001
- ²² JAURETCHE, Arturo. *Pantalones cortos*. Buenos Aires. A.Peña Lillo Editor. 1973. p.146
- ²³ HERNÁNDEZ, José *Martín Fierro*. Buenos Aires. CEDAL. 1967.
- ²⁴ Citado por ROBASCO MARECHAL, Elbia *Mi vida con Leopoldo Marechal*. Buenos Aires. Piados.1973. p.127
- ²⁵ MALLEA, Eduardo. *op. cit.* p.67-68
- ²⁶ HEIDEGGER, Martín. *Lógica. Lecciones de 1934*. Barcelona. Anthropos. 1991. p.73
- ²⁷ de ATHAYRE, Tristán. *La agonía de Ouro Preto II*. San Pablo. *Folha de Sao Paulo* 7.12.1979.
- ²⁸ SAIN-EXUPERY, Antoine. *Ciudadela*. Buenos Aires. Goncourt. 1966 p.28
- ²⁹ SCALABRINI ORTIZ, Raúl. *Política británica en el Río de la Plata*. Buenos Aires. Reconquista. 1940 p.11
- ³⁰ JAURETCHE, Arturo. *FORJA y la década infame*. Buenos Aires. Peña Lillo. 1962. p.21
- ³¹ JAURETCHE, Arturo. *Los Profetas del odio*. Buenos Aires. Peña Lillo. 1957. p.35
- ³² FORD, Aníbal. *op. cit.* p.34
- ³³ JAURETCHE, Arturo. *op. cit.* p.81 en total concordancia con lo sostenido por un autor irreprochable de populismo como ARISTÓTELES *Metafísica* 982 b 20
- ³⁴ Cuando a lo largo de este trabajo se hable de «pueblo», nos estamos refiriendo

a la expresión sociológica que nombra el entramado social de una comunidad y al cual le atribuimos la generación de cultura. Los europeos a esto le llaman «etnia» y no es otra cosa que lo que conmemoramos el 12 de octubre cuando decimos que ese es el «Día de la Raza». No debemos confundir esta significación con la que adquiere la palabra en un contexto político en el cual nombra la organización de la masa en un proyecto, tras una conducción.

- ³⁵ FORD, Aníbal. *Desde la orilla de la ciencia*. Buenos Aires. Punto Sur. 1988. p.21 a 35.
- ³⁶ BENEDETTI, Mario. *Pobreza de la cultura y cultura de la pobreza* en *Revista de la Universidad Autónoma de México* 41(1986)426 p.3-8.
- ³⁷ *El rastreador es un personaje grave, circunspecto (...) La conciencia del saber que posee le da cierta dignidad reservada y misteriosa (...) Todos los gauchos del interior son rastreadores, esta es una ciencia casera y popular (...) el baqueano, personaje eminente que tiene en sus manos la suerte de los particulares y de las provincias. El baqueano es un gaucho grave y reservado (...) es el topógrafo más completo (...) modesto y reservado como una tapia, está en todos los secretos de la campaña (...)* SARMIENTO, D.F. *Facundo*. Buenos Aires. CEDAL. 1967. p.44-47
- ³⁸ BORGES, Jorge Luis. *El escritor argentino y la tradición* en *Sur*. Buenos Aires (1955)232 p.4-5
- ³⁹ BUELA, Alberto. *Metapolítica y Filosofía*. Buenos Aires. Theoría. 2002 p.150